

LA IMPRENTA,

PERIÓDICO TIPOGRÁFICO-LITERARIO

Y DE LAS ARTES É INDUSTRIAS AUXILIARES.



PRECIOS DE SUSCRICION.	ADMINISTRACION,	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS.
Madrid, 5 rs. al mes y 12 rs. trimestre.	Limon, 1.	Por una página entera..... 300 rs.
Provincias..... 14 —	—	Por media página..... 160
Extranjero..... 20 —	—	Por cuarto de página..... 90
Cada número suelto cuesta dos reales.	Sale todos los Domingos.	Los demas anuncios convencionalmente.

REVISTA.

El tiempo pasa en balde muchas veces.—Llegada del calor. Desanimacion en los teatros.—Mademoiselle Benita.—Bienaventurados los que lloran.—Preparativos en los Campos Elíseos.—Llegada de artistas.—Anomalías de la colectividad público.—Diversidad de públicos.—Teatro Real.—Público del Paraíso y público de palcos y butacas.—Escenas del Paraíso.—Público de la Zarzuela.—Ilusiones que hizo concebir este género.—Benevolencia del público de Variedades.—Extrañeza que causa al forastero el público de Novedades.—Teatro del Príncipe.—Sus gloriosas tradiciones.—Teatro del Circo.—Diversidad de espectáculos que en él han tenido acogida.—Academias de la Historia y de San Fernando.—El Parque de Monteleón.—Dacoz y Velarde.—Monumento que debe levantarse.

HEMOS oído decir una y mil veces con cierto aire dogmático y sentencioso que *el tiempo no pasa en balde*, y otras tantas hemos creído que, eso que indudablemente es verdad en sentido lato, no lo es tanto como parece cuando se circunscribe la frase á cierto espacio de tiempo y á ciertas cuestiones. La semana que ha espirado en brazos, no sé si de Saturno, del Hudo, del Caos ó de la crisis financiera, comprueba nuestro aserto; porque, considerada bajo el punto de vista literario, científico y anecdótico, no es mucho lo que de ella tendremos que referir á los lectores de LA IMPRENTA. Vean éstos por lo tanto con cuánta justicia pudiera decirse que, en el último balance hebdomadario de los acontecimientos de la Corte, el tiempo ha pasado *casi en balde*, ya que no del todo, porque no queremos que nos apelliden Aristarco, ni nos halaga la tacha de descontentadizos. Sin embargo, el déficit que resulta entre la curiosidad de los lectores y la escasez de asuntos para esta Revista puede saldarse si moderan los lectores su afán de noticias y si damos una mirada retrospectiva sobre la Villa y Corte de Madrid, porque el vacío de sucesos importantes no es tan completo que no haya algo digno de que les sea referido, y sería imposible que el vacío fuera total, porque el vacío no existe en la naturaleza, á pesar de que un excéptico ó un tenaz disputador podrían oponer á este axioma incontrovertible lo exhausto de las arcas de nuestro Tesoro Nacional.

Los teatros arrastran una existencia lánguida, viéndose algo concurrido el de *Variedades*, en el cual sigue entreteniéndose á la concurrencia la hábil y simpática

prestidigitadora Mademoiselle Benita de Anguinet. El *Real* es excepción de la regla, y se halla lleno de bote en bote, ó de lancha en lancha, las noches en que se oye cantar á Tamberlik, actualmente el rey de los tenores y el favorito del público en los teatros de Madrid, San Petersburgo y Londres. El *Príncipe* está ensayando una comedia nueva en cuatro actos y en verso, original del distinguido escritor Don Luis Mariano de Larra, titulada *Bienaventurados los que lloran*. Esta comedia, que se estrenará el Sábado 19 á beneficio del Sr. Pizarroso, viene precedida de elogios que nos alegraremos se confirmen con aplausos, y en la representación de la misma tomarán parte Teodora, Romea y Valero. En los Campos Elíseos siguen haciéndose preparativos para la inauguración de su temporada veraniega, y al efecto se están colocando en aquellos bonitos jardines multitud de mástiles adornados con escudos de armas, banderas nacionales y rojos oriflamos que lucirán ostentadamente entre guirnaldas de flores, arcos de ramaje y miles de vasos de colores y farolillos á la veneciana. Además van llegando á la Corte parte de los cantantes que han de actuar en el inmenso y elegante coliseo de Rossini, entre ellos la Señora Pascal-Damiani y los Señores Vialletti, Steller, Gusiani y Vairo. De un día á otro darán principio los ensayos á orquesta del *Roberto el Diablo*, para cuya ópera ha pintado el Señor Pla decoraciones de muy buen efecto.

El calor que se va dejando sentir, la apertura del Circo del Príncipe Alfonso, y lo muy cortas que son ya las noches, unido todo ello á cierta palabra insistente y pavorosa que pronuncian todos los labios, oprimiendo todos los corazones, y que convierte en sublimes calculistas á hombres y mujeres; palabra que forma una atmósfera triste y pesada como el plomo, que obliga involuntariamente á llevarse las manos á los bolsillos, y que se llama *economías*, son causas que contribuyen indudablemente á la desanimación que reina en los templos del arte escénico. Las empresas de teatros se desviven en lo que les queda de temporada por atraer á sus puertas ese niño mimado y caprichoso que se denomina *público*, niño unas veces alegre y bonachón en demasía, y otras agrio y descontentadizo como él solo. Nada hay más Proteo que el ente moral *público*.

Muchas veces nos hemos puesto á pensar en las notables anomalías que presenta al observador la colecti-

vidad *público*, y nos hemos preguntado qué razón podría haber para que la masa de ciudadanos que acude á todos los espectáculos, y que en su inmensa mayoría se renueva constantemente una noche y otra noche en cada local, ofrezca empero, constantemente tambien en cada teatro, un diverso aspecto que constituye sin variación perceptible la fisonomía peculiar de cada coliseo de la Capital de las Españas. Un mismo público es el que asiste á la Zarzuela y Variedades, al Real y al Príncipe, á Novedades y al Circo: no obstante, el que sea observador notará diferencias harto perceptibles en la concurrencia de cada teatro comparada con los demas.

Tal particularidad consiste indudablemente en que el público respeta más ó ménos el local que ocupa, y en que se ve dominado por diversas sensaciones en cada uno de los teatros en que busca distracción, como se impresiona diferentemente en la Plaza de Toros ó en el Reñidero de Gallos que en un concierto nocturno de los Campos Elíseos. Pero concretémonos á las salas escénicas de la Corte. Todas ellas tienen una historia más ó ménos larga y honrosa que involuntariamente influye en el ánimo de los espectadores que frecuentan el teatro, los cuales á su vez influyen con su actitud hostil ó benévola, con sus semblantes ceñudos ó alegres en el ánimo de los espectadores que acuden por primera vez ó que van de uvas á brevas, como suele decirse, á los despachos de billetes.

En el Teatro Real, por ejemplo, hay dos públicos seguramente: el de las personas opulentas y el de las que tienen más limitados recursos. Además, en el Real no hay pueblo, genuinamente hablando, porque éste no gusta de la ópera italiana, y de la alemana no se diga. Por lo tanto, las gentes que acuden á tan elegante coliseo son en su totalidad de las que han recibido una educación regular, ya que nó distinguida. Pues bien, el público que paga poco silba horriblemente, aplaude con frenesí, alborota, chilla, se agita ó se burla con gestos, muecas y sonidos particulares con que imita el mugido del toro, el balido de la oveja, el maullido del gato, el aullido del perro y el chirrido de la rana, de los cantantes y de los coros y de la orquesta desde el vasto camaranchon llamado *Paraíso*, colocado á la altura de las nubes, donde á pesar de posición tan elevada suele reinar, en vez de un fresco agradable, el calor más difícil de soportar y pegajoso.

Entretanto el público elegante de palcos y butacas aplaude y está tranquilo y satisfecho, se pone serio y con cara de juez, ó abandona la platea si tanto llega á disgustarle la ejecución escénica, verdadera *ejecución capital*, en muchos casos, de alguna obra inmortal de Rossini, Donizetti ó Bellini.

Fácilmente se comprende la distinta manera de ser del público del Paraíso y el de palcos y butacas. Aquél forma el elemento democrático y se constituye en verdadera república donde cada cual obra con entera libertad, según quiere ó le parece; mientras que éste último, sentado en cómodas butacas y sillones de terciopelo, rodeado de porteros con doradas libreas, respirando una atmósfera embriagadora de lujo y de perfumes que exhalan las flores y vestiduras de incitantes mujeres que con su hermosura y las piedras preciosas que tanto las embellecen obligan al elemento masculino á estar respetuoso al lado de ellas, circunspecto, comedido y como se está siempre en una sociedad de buen tono.

Ahora trasladémonos á la Zarzuela, donde se rinde culto á un engendro monstruoso de literatura que dista del arte y del buen gusto tanto como nosotros de ser discípulos y sectarios de Mahoma. Allí se forma un pisto

de verso y prosa, de acción dramática y pantomima, de sublime y grotesco, de bufonadas y truhanerías, de chistes groseros y de un tinte subido, de música y comparsas, bastante agradable para ciertos estómagos, á los cuales va siéndoles ménos grato en fuerza de repetir casi exclusivamente una misma comida. Observad el público de la Zarzuela, y ved qué pueril y caprichoso se presenta. Hoy aplaude lo que ayer silbó, y no está á sus anchas hasta que no ve la acción dramática que presencia en oposición con la lógica, ó mientras no advierte que los actores están haciendo estrambóticas muecas y ridículas contorsiones, cabriolas y genuflexiones de arlequin, clown ó payaso. Que los coristas levanten á compas las copas, y que acompasadamente con la música levanten todos ellos su pierna derecha en presencia de toda la corte, formando un dibujo caprichoso bastante parecido á un cien piés, y ved entonces qué frenéticamente entusiasmado pide el público que se repita este coro de la zarzuela *¡Si yo fuera rey!* arreglo inhumano de una bella ópera francesa del mismo nombre, escrita por el célebre Adam. Afortunadamente el público vuelve al buen camino, y se desengaña de que el espectáculo *zarzuela*, que tanto prefirió sobre todos los demas, no es ni puede ser el origen de la ópera española, como entusiastamente se creía en un principio, cuando el público aplaudía los lindos libretos y agradable música que componían Ventura de la Vega y García Gutierrez, Barbieri y Arrieta.

El público, cuando va á *Variedades*, va como á una casa en la cual tiene suma confianza; se acicala poco y se muestra indulgente con el espectáculo que se le ofrece y con los actores que se presentan en aquel escenario. En *Novedades* la confianza sube ya tantos grados, que el forastero que venga á Madrid á conocer las curiosidades de la Corte no deberá extrañarse si en la butaca de al lado ó en el palco de enfrente ve á su vecino quitarse la chaqueta y quedarse en mangas de camisa, ó embozarse en su capa para evitar el frío que entra por las puertas, ó bien ponerse en jarras la salada manola ó la rica vendedora de la inmediata Plaza de la Cebada, disputando con otra moza no ménos terne que élla, ó con su *gachó*, sobre si el gracioso es guapo ó sobre si las pantorrillas que luce la primera bailarina son suyas ó están copiosamente rellenas de algodón y estopa.

En *Novedades* se advierte muy manifiesto el influjo de los barrios de Toledo y Lavapiés, entre los que se halla colocado, y por esta razón no puede buscarse perfección ni delicadeza en el espectáculo, contentándose como se contentan los espectadores con que la función dure mucho, que los entreactos sean cortos, que haya muchas mutaciones de escena, y que los trajes sean muy raros y variados, siendo finalmente cosa de poca monta que se cometan los anacronismos más garrafales.

En el *Príncipe* sucede todo lo contrario. El público que acude á este teatro que recuerda tantos triunfos, tantos nombres gloriosos y tantas épocas literarias, es de un gusto delicadísimo, y es necesario por lo tanto que las Compañías que en él actúen sean escogidas y que al frente de ellas figuren nuestros primeros actores. En este teatro han recibido su bautismo de gloria Lope de Vega y Calderón, Tirso de Molina y Moreto, Alarcón y Rojas, Solís y Montalban, Moratin y Quintana, Bretón y Hartzenbusch, García Gutierrez y Zorrilla, Florentino Sanz y Ayala; y estos nombres y otros muchos han formado una atmósfera tan literaria, que obliga invenciblemente á que el público acuda al teatro del Príncipe con preferencia á todos los demas, haciéndole to-

mar una actitud digna y reservada, cuando se estrena una obra en ese escenario que han pisado todos nuestros grandes actores desde los célebres Maiquez y Rita Luna hasta Romea. Si la obra estrenada agrada al público, éste aplaude, sin que le impongan su opinion los aplausos de los *alabarderos* cuando la obra es mala ó no pasa de mediana.

De propósito hemos dejado para lo último hablar del *Circo*, porque este local ha servido para tan diferentes espectáculos, que es por esta razon por lo que presenta fisonomía ménos caracterizada. Circo ecuestre primeramente, teatro de ópera italiana luégo, más tarde teatro de zarzuela y últimamente de verso, el *Circo* es un local que varía de público como varía de género de espectáculo.

Vamos á terminar esta Revista, ya muy larga, dando cuenta á nuestros lectores de la recepcion que ha tenido en la Academia de la Historia el Sr. Huet, senador del Reino. El discurso del nuevo académico ha versado sobre la significacion é importancia artística de la célebre escuela sevillana de pintura en nuestra patria. Presidió el acto el Sr. Caveda, y contestó al Sr. Huet el señor Don Pedro Madrazo. La concurrencia fué tan numerosa y escogida como lo es siempre la que acude á esta clase de solemnidades, viéndose entre ella el nuncio de Su Santidad y los representantes de Inglaterra y Bélgica. El Domingo próximo debe tomar posesion del cargo de director de la Academia de San Fernando, con que ha sido honrado, el Sr. Don Federico Madrazo.

Y ya que hablamos de esta Academia, quisiéramos que una Comision de su seno se personase en el solar de Monteleon, donde estuvo el Parque de Artillería que inmortalizaron con su heroica defensa Daoiz y Velarde. Aquel sitio que constituye la epopeya más brillante del sangriento *Dos de Mayo*, está abandonado y casi olvidado. Pocas son las personas que saben que el Parque de Madrid en 1808 estaba en la calle de San José, que hoy se llama de Daoiz y Velarde, y son muchas las que creen que existia en el palacio de Buenavista, en la parte que mira á la calle del Barquillo. Nada hay que recuerde el martirio de los primeros héroes de la Independencia española en 1808. Donde estaba el Parque, hoy existe una fundicion de hierro, y únicamente los obreros de esta fábrica se acuerdan de conmemorar el día Dos de Mayo en aquel glorioso sitio, colocando bajo la clave del arco que hay sobre la puerta de entrada una corona mortuoria de siemprevivas con una sencilla inscripcion y dos banderas. Seis blandones arden ante aquella sencilla portada, en la cual hay colocados varios cuadros que representan escenas de aquel terrible drama nacional. En el Parque de Monteleon nada hay de oficial; no hay más que pueblo que reza por las víctimas y que visita silencioso aquellos lugares del heroismo. Allí no va el Ayuntamiento acompañado de las Corporaciones y de la oficialidad del Ejército; allí no hay altares ni coronas; allí no desfilan las tropas ni hay guardia de honor. Por esto unimos nuestra voz á la de gran parte de la prensa para que cese tan ingrato olvido, ya que aquellos lugares, conservando el mismo aspecto que cuando los franceses los acometieron, están diciéndonos claramente que aquél es el sitio propio para que la Patria agradecida adquiriera el solar de Monteleon y levante allí un monumento nacional que poder legar á las generaciones venideras.

JULIAN ALFREDO PRÍNCIPE.

VARIEDADES.

POESIA DEL PUEBLO.

ARTÍCULO II.

Admirable desarrollo ha tomado la lingüística en breves años. Humboldt, que, remontándose á los orígenes filológicos, descubrió en una fuente comun de los diversos idiomas nueva prueba que á robustecer llegara la verdad sagrada de la unidad humana, puesta en duda por la escuela excéptica y atea, abrió fáciles sendas para posibilitar el conocimiento de ellos; y desde este momento, no sólo cultiváronse las lenguas vivas con tal esmero, que preponderen hoy sobre los idiomas sabios ántes en boga, es decir, sobre el latín y el griego, pues que llegar al árabe y al hebreo era el colmo del saber, sino que penetró el símbolo egipcio y el misterio del runo, el geroglífico azteca y el casi perfecto pero olvidado sanscrito.

Del conocimiento de estos idiomas llegóse á la alta literatura para perfeccionar las nociones adquiridas; y el mundo vió entónces que los poemas homéricos y latinos no eran la única bella poesía épica que habia que saborear; que el espíritu tenía lato campo en donde espaciarse en nuevas sensaciones de poemas nuevos de soberbio asunto y extraños accidentes, tratados con toda la soberana grandeza de la *Iliada* y con más espontaneidad que la *Eneida*. Los pedantes, con el superior instinto que les lleva hasta hablar y presumir ó adivinar lo que supinamente ignoran, y los eruditos con su prolija y minuciosa investigacion, buscaron luégo raíces afines de donde derivar las lenguas vivas ennobleciéndolas con los despojos de las de carácter primitivo; y al sondear la formacion de aquéllas, tropezaron otras riquezas bien copiosas, y tan ignoradas como el *Osman*, el *Kalewala*, y el *Poema ó Crónica rimada de Alfonso XI*.

Éste fué pues el principio del estudio eficazísimo que en todas partes, menos en España, se ha hecho de la *Poesía de los pueblos*. Y digo que menos en España, porque en esta nacion no ha habido críticos, ni curiosos tan siquiera que hayan querido penetrar las bellezas de la de otros pueblos, contenta con su propio *Romancero*. Por eso nos es preciso abandonar por un momento nuestra patria; y, haciendo largo camino con el benévolo lector, penetraremos en Alemania. No podremos llegar á sus confines sin sentirnos confundidos bajo el peso de tan numerosa investigacion y de tan profunda crítica. Algunos sabios han dedicado allí su vida entera á la poesía romántica y popular. La de Federico Enrique Von-der-Hagen, por ejemplo, puede medirse por años. En 1810 publicó en Berlin sus primeros *Estudios sobre la historia de los Nibelungos*, y en 1812 dió á luz en la misma capital otro volumen con las *Poesías del antiguo Edda*. Eran sus primeros ensayos, y no volvió á dar nada á la estampa hasta 1814, en que mandó imprimir tres obras distintas: las *Poesías del Edda sobre los Nibelungos*, las *Leyendas heroicas del Norte*, y los *Mitos y poemas antiguos* en lengua danesa. De 1814 á 1819 publicó en Breslau unos *Cuadros heroicos sacados de los ciclos de Carlomagno, del rey Arturo, de la Tabla Redonda*, etc., y desde entónces hasta 1838 dedicó su crítica á los *Minnessingers*, que en aquel año dió á las prensas de Leipzig. Por último, todavía en 1855 y 1856 se dejaba sentir en Berlin con las *Tradiciones heroicas de Alemania y del país del Norte*, y los *Cuadros de la vida y de la poesía caballerescas*, sin contar que en este espacio habia dirigido

las ediciones de los *Nibelungos* con las notas críticas de Lachmann, el *Heldenbuch*, los cuentos de las *Mil y una Noches*, y la *Gudruna*, precedida de las ilustraciones de Müllenhoff.

Pero va más léjos el carácter universal de los eruditos alemanes: no les basta poseer una poesía nacional, propia, riquísima é incomparable. Herder y Erlach por sí solos han estudiado las *Canciones de los pueblos*; á Wolf, á Müller, á Depping y á Berchet han entregado el caudal inagotable de sus romances, cancioneros y baladas España, Italia, Holanda y Suecia; Götze ha traducido los de Rusia; Grimm los de España y Dinamarca; Hauker los de Bohemia; Monike los de Suecia; y los de la Servia la Señora Talvij, á quien ademas se le debe una extensa y magnífica obra sobre la poesía popular en general (*Versuch einer geschichtlichen charakteristik der Volkslieder*).

Después de los trabajos de Percy sobre las baladas y antiguas poesías inglesas (*Reliques of ancient english poetry*, 3 vol. en 8.^o); después de los de Warton (*The history of ancient english poetry*); John Finlay (*Scottish historical and romantic ballads*); Ritson (*Ancient english metrical romances*); Ewan (*Old ballads*), y Jamieson (*Popularg songs*), Löve-Veimar las lleva con las escocesas á las márgenes del Rhin y del Oder, y Hoffmann de Fallersleben importa á su vez el *Blaauwboeckhjes*, en donde Holanda encierra todas sus antiguas poesías populares, todos sus himnos nacionales y todos sus cánticos místicos de la Edad Media (*Horæ belgicæ*). No hay país en fin que haya podido eludir la diligencia alemana; y si Sergio Owaroff hizo un ensayo de *Academia y Biblioteca asiática*, los cantos indios titulados *Ketab-al-Aghâni* fueron traducidos por el sabio orientalista Kosegarten, cuya *Chrestomachia arabica* recorre hoy todas las Universidades del mundo para perfeccionar en la lengua y en la literatura de los antiguos hijos del Desierto.

Mucho ha ganado Alemania con el descubrimiento de estas obras; mucho su espíritu, á veces crítico, á veces puramente estético; mucho en fin su literatura y poesía moderna. Verdad es que Alemania es el país de los cantares, porque es el país del espiritualismo, y los *Cantares* de los pueblos son átomos de su espíritu que se evaporan, al hallarse ahora dulce, ahora fuertemente conmovido. Sólo del valle de Kuklandehen, ó tierra de las vacas, entre la Silesia, la Moravia y la Hungría, sacó Meiner más de mil quinientas baladas delicadísimas. Y ¿cómo nó, en un país en donde, como dice un autor contemporáneo, todos cantan, todos son poetas? No hay pueblo en el mundo en quien sea tan vehemente la pasión á la música y á la poesía, prosigue el mismo autor. El joven marinero al saludar por última vez á su hermosa; el soldado prusiano á horcajadas sobre la cureña de su cañón; el jornalero de las orillas del Danzick y del Elba; el viñalero del Rhin; el excavador de minas y el montañés tirolés; el estudiante en las Universidades y los devotos en las Iglesias, todos cantan. La canción *¡Al Rhin, al Rhin!* hace recordar que se está en tierra alemana. En 1813 al són de las canciones volaron los jóvenes estudiantes á defender la independencia de la patria, á romper en Leipzig el carro del último de los conquistadores. Cada flor dice allí una palabra: por todas partes suenan acentos agrestes, naturales, canciones tiernas y apasionadas, ó bien tristes y misteriosas, en cuya armonía se inspiran la Religión y el Patriotismo, se inspira el genio de Hasse, de Bach, de Haydn, de Mozart, de Beethoven, de Handel, que está sepultado en Westminster al lado de los ilustres lores de Inglaterra, y de Gluck, á quien elevó triunfal columna Pa-

rís, la descontentadiza. Es verdad que en esta poesía no se encuentra la trágica grandeza de la escandinava, ni la melancolía de la escocesa, ni la épica perfección de la sérvia, ni la dignidad lírica y el arrebatado apasionado de la española; pero en cambio tiene algo de noble, honrado, modesto y bueno que enamora: sentimientos vivísimos contrastando con una muelle delicadeza que cautiva; mucha naturalidad, y una fantasía que, en cuanto á halagüeñas imágenes, supera á la de los pueblos todos de Europa, y competir pudiera con la de los orientales. Esto en cuanto á los cantos de la Alemania meridional, pues en el Noroeste conserva los restos de los héroes teutones, robustos pero flemáticos, que se mueven con lentitud, aunque terribles cuando se mueven.

Mas allá como aquí, y ya es hora que de nuestra poesía popular hablemos, allá como aquí tiene dos distintas manifestaciones; y, subdividiéndolas aún más, hasta cuatro encontrar podríamos. De las tres primeras, en dos es la música indispensable, en una accidental; mas á la cuarta forma nunca acompaña. La primera, el cantar verdadero, tiene dos subdivisiones: el de las calles y el de los campos. El uno es chistoso, picaresco siempre, y siempre de circunstancias. Su vida por lo tanto es más efímera, y pocas veces se conserva. Cuando una alevosa espada atravesó el corazón de Villamediana, el vulgo de Madrid exhaló sus quejas y emitió sus presunciones en esta breve cantata:

Á Juanillo le han dado
Con un estoque;
¿Quién le manda á Juanillo
Salir de noche?

Innumerables ocasionó la gloriosa guerra de nuestra santa Independencia en 1808; y luego la lucha fratricida entre cristinos y realistas, y negros y blancos; y por último, la guerra de África, grande por lo popular. Una moda extravagante hará inmortal con mil canciones al *Mirinaque*; y cuando el indiferentismo religioso enerva todos los espíritus, es frecuente escuchar al volver cualquier esquina en los trémulos labios, en la lengua balbuciente de un ángel de cinco ó seis años:

Á la Virgen del Cármen
Quiero y adoro,
Porque saca las almas
Del Purgatorio.

Pero la canción popular verdadera es la del hogar y la del campo, que han sublimado en sus cuentos y novelas Fernán-Caballero y Antonio Trueba, y que Lafuente Alcántara cuidadosamente ha recogido.

Duerme, niño chiquito,
Que viene el coco,
Y se lleva á los niños
Que duermen poco.

Aquí está la madre: aquí está la santa calma del hogar y de la familia. ¡Bendita sea la musa que esto canta!

El día que tú naciste,
Nacieron todas las flores.
Y en la Pila del Bautismo
Cantaron los ruiseñores.

Aquí está el amor y la galantería, al sonreír las alboradas, al abrirse al contento del rocío de la aurora las flores olorosas en la margen del arroyo tranquilo que baña el perfumado naranjo donde el ruiseñor anida. Aquí está la ternura de la balada escocesa *La última rosa* con que Mozart acabó de idealizar su delicada *Martha*, y la

pasion que respira el canto inglés *Kiss me quick*. Éste es el corazon del pueblo: todo galantería, todo amor y todo flores.

La segunda forma es más culta: no la crea el pueblo, pero la prohija. Antes nacieron estas canciones de las *tonadillas*, despues de las *zarzuelas*; algunas deben su origen á un wals, á una redowa, á una danza; los cantables de *Jugar con Fuego*, *Catalina*, *Los Diamantes de la Corona*, son tan populares como *El Arrullo* de Camprodon, y como las danzas de *Una Vieja* y de *El último Mono*, y éstas como la *Soledad* y el *Fandango*, la *Jota* y la *Muñeira*.

Síguese el himno, de los cuales, aunque nosotros no tengamos ninguno verdaderamente nacional, en otros países han alcanzado los propios cuanta popularidad tiene en España la música del de Riego. Sin embargo, las odas de Quintana, de Martínez de la Rosa y de Arriaza al armamento de las tropas españolas contra el invasor frances, por más que no hayan gozado del aura popular, son verdaderos modelos de este género de composiciones, á la que debe añadirse el Himno de Gallegos al Dos de Mayo, que empieza con esta valiente estrofa:

En este infausto dia,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazon;
Y suban nuestros ayes
Del céfiro en las alas
Al silbo de las balas,
Y al trueno del cañon, etc.....

Pero donde el genio del pueblo se ostenta con todo el esplendor de su fantasía, con todas sus maravillas, con todos los arcanos incomprensibles de su buen gusto, de su belleza y de su inagotable facundia, es en *El Romancero*, en las *Leyendas*, en las *Sagas* del Norte, en las *Casidas* orientales.

Un dia, cuentan en una de estas bellísimas fábulas los Fineses, *Vöinemoëinen*, el Dios de la inteligencia, el Dios Supremo que ha creado el mundo y le sostiene con la ley de la armonía, pasaba por la orilla de un arroyo desierto. Halló un sauce macilento y solitario entre la arena, cuyas ramas inclinadas hácia la tierra exhalaban plañidero gemido, y se acercó y le dijo:

—Por qué suspiras?

—Porque he nacido en la soledad, respondió el arbusto; porque jamas el rumor de las fiestas vino á regocijarme; porque nunca jóven alguna llegó á sentarse junto á mi tronco descarnado con el que era el objeto de sus amores.

Toma *Vöinemoëinen* un manojo de sus raizuelas, y forma los brazos de su lira. Vístela de cuerdas de las crines de un caballo, y dala á ensayar luégo á los viejos del contorno. Mas no obtienen los ancianos sonido alguno. Apeló á los jóvenes, y su robusto pulso no es más feliz que el de sus padres. *Vöinemoëinen* entónces agítala en sus manos, y una tras otra hace vibrar todas sus fibras, y sus cantos resuenan armoniosamente en los espacios y conmueven el universo entero. Escuchándolos, detuviéronse las cascadas en su caída; dejaron de encorvarse los árboles batidos por el soplo de los impetuosos vientos, y alzóse el oso sobre sus dos piés para mejor oírlos. El mismo *Vöinemoëinen* enternecido lloró, y tantas fueron sus lágrimas que, corriendo á lo largo de su blanca barba, empaparon sus tres mantos de escarlata y sus tres túnicas de lana.

Así manifiesta el pueblo sus creencias: ésta es su mitología, tal como él la concibe, tal como él la ha engendrado. Si quereis más religion, buscad en los orí-

genes de nuestro idioma el poema de *Santa María Egipcíaca*, y entre el nebuloso ambiente de las tierras del Norte la leyenda venerada de *Santa Cunegunda*; aquí escuchareis el solemne *Te Deum* de la batalla de *Azencurt*; allá la revelacion maldita de *El Judío errante*; y si quereis penetrar la extraña amalgama de la religion y las supersticiones, prescindiré de duendes y de brujas, de espectros y de trasgos, por que no os metan espanto; pero os conduciré á conocerla al Archipiélago de las Islas Féroé y despues á Dinamarca.

(Se continuará.)

JUAN P. DE GUZMAN.

SECCION TIPOGRÁFICA.

Resuelto habíamos no volvernos á ocupar por ahora de *La Correspondencia de España*, convencidos de que su silencio es lo único que alcanzar siempre podremos, sin duda porque no halla razones para defenderse de los justísimos cargos que le hemos hecho en números anteriores, no ya tanto por lo estrambótico de su confeccion tipográfica y literaria, sino por su fatal intemperancia en dar cabida en sus asendereadas columnas á todo género de noticiones, por más que algunos, como el celebrísimo de los 60.000 rs. consabidos, no sean admisibles ni tolerarse puedan sino en este país bienaventurado en que la política salvadora todo lo disculpa y absuelve con longanimidad estoica, en tanto cuanto no llegue al arca santa do se guardan los principios fundamentales de escuela ó de partido. Pero *La Correspondencia de España*, Proteo que reviste todas las formas, Jano perdurable de la prensa periódica, nos obliga con su injustificada conducta á quebrantar nuestro firmísimo propósito. Como los antiguos caballeros que tributaban honras al vencido, y que favorecian la fuga del que huía, y de aquí el proverbio: *Al enemigo que huye, puente de plata*, nosotros hemos tenido compasion del vencido; y cuando no estábamos sino en el proemio de nuestras censuras, relegámoslas hidalgamente á un oscuro olvido, por no ensañarnos con quien no admitia la lucha, con quien protestaba de su debilidad no revolviéndose contra nosotros, por más que así disgustáramos á muchos á quienes halagaba el método que habíamos adoptado para lograr la correccion de sus faltas, tan numerosas, periódicamente hablando, como las arenas del Mar y como las estrellas del Firmamento, y que aguardaban con avidez la *fe de erratas* y *máximas* ofrecidas, á cuya promesa hemos querido faltar por no mortificar más á *La Correspondencia*.

Ahora bien; ¿cómo ha correspondido este periódico á tanta hidalguía, á generosidad tanta? Como los antiguos medos, huyendo, sí, pero arrojando en su huida dardos envenenados contra el noble pecho de sus enemigos sorprendidos. Hé aquí la saeta que *La Correspondencia* nos arroja en su fuga:

«Han aparecido los primeros números de un periódico, órgano de los impresores, litógrafos é industrias accesorias, con el título de *La Tipografía*. No puede darse mayor esmero, correccion y limpieza que la que se observa en la impresion del mismo, de modo que puede decirse que es el primero de los que, destinados á defender los intereses de la Imprenta, han aparecido últimamente. La redaccion se halla encomendada á personas de indisputable competencia, y cuenta ademas con una lista de colaboradores en que figuran muchos de nuestros primeros literatos.»

No vamos á disputar á *La Correspondencia* el derecho que le asiste al anunciar ese nuevo periódico, de quien nosotros ya nos ocupamos oportunamente, saludándole en el núm. 7 cuando apareció en el estadio de la prensa. Nada diremos del esmero, de la correccion, de la extremada limpieza en la impresion que el colega nota en los primeros números (sin duda quiso decir *los ejemplares del primer número*, único que á la sazón apareciera; mas, como de costumbre, se ha equivocado al expresarlo) del que elogia, porque nos halagaria que súbitamente se trasformase el método de imprimir entre nosotros, y todos los libros y periódicos fuesen hechos con el minucioso esmero que reclama la pública instruccion, aunque no con tan extremas fatigas é improbo trabajo de *La Tipografía*, cuyo editor ha demostrado cuánto le sobran tiempo, habilidad y paciencia para consagrarlos á la mayor belleza y perfeccion, segun él comprende estas cualidades, de un periódico tipográfico. Nos ocuparemos sólo del período-modelo que dejamos subrayado, y que dice textualmente: «de modo que puede decirse que es el primero de los que, destinados á defender los intereses de la Imprenta, han aparecido últimamente.» Para quien no esté en antecedentes, este *frásis*, uno de los muchos y complicados logogrifos en que *La Correspondencia* explana muy á menudo sus ideas, le hará ver que últimamente han aparecido algunos periódicos tipográficos, cuando en realidad no existen sino *La Imprenta* y *La Tipografía*, aquél fundado por nosotros, y que éste es el primero en antigüedad y mérito, ó en mérito ó en antigüedad por lo ménos. Para nosotros está claro el logogrifo, y vamos á descifrarle de seguida. No ha querido decir *La Correspondencia* que *La Tipografía* es el periódico más antiguo de los que han venido á la prensa á defender los intereses de la Imprenta. Sabe muy bien, porque puntualísima y constantemente se le remitian los números segun iban saliendo, que *La Imprenta* vió la luz en el primer Domingo de Marzo, llevando publicados seis números cuando apareció el primero de *La Tipografía*, en 15 del pasado Abril, aunque con fecha de Enero. Esto lo sabe *La Correspondencia*, y no puede desfigurarlo, ni sin duda alguna lo pretende, pues no consideramos á nuestro colega capaz de faltar á la verdad á sabiendas. Otro concepto nos merece bajo este punto de vista, muy distinto del que tenemos formado de sus maltrechas columnas. Pero no queriendo decir esto, ha dicho explícitamente que *La Tipografía* vale más que *La Imprenta*. Protestemos ante todo de nuestras miras benévolas hácia el nuevo colega, que sabe su director son sinceras, pues que así se lo manifestamos en ocasion no lejana, y debe tambien saber que nunca ni por nadie ni por nada acostumbramos á violar la palabra que una vez empeñamos. *La Tipografía* no hace daño á *La Imprenta*, no puede hacérselo; *La Tipografía* cabe donde cabe *La Imprenta*, y *La Imprenta* puede estar donde está *La Tipografía*, como puede estarlo al lado de cuantos periódicos vengán á defender los hoy abandonados derechos de la Imprenta española. Además, marchamos por distinto sendero. Es opuesta, es diametralmente opuesta nuestra mision. *La Tipografía* viene á dar reglas prácticas, á maniobrar en el terreno de la práctica, á enseñar á los que no saben, cumpliendo un precepto sublime de la doctrina cristiana, una de las más bellas obras de misericordia, que nosotros, tan necesitados de instruccion, no desdeñaremos ciertamente: *La Imprenta* ha venido á ejercitarse en otro campo: en el de la teoría; pero teoría moral, teoría universal, teoría que consiste en tomar un libro en las manos, considerar el poco esmero de su composicion, lo desaliñado

de su impresion, sus errores, sus faltas graves, lo adocenado en fin de su conjunto, y en vez de alzar la férula y descargarla sobre el operario que le hizo, remontarnos á más altas regiones, buscar al editor, sorprenderle sentado en sus talegos de oro como el avaro de la fábula, y rodeado, cual el sátiro entre flores, de las cuartillas de original que acusan la mal recompensada inspiracion del literato, y ver allí el origen del mal que á la Imprenta aflige, del mal que aflige al autor, al operario, á la instruccion pública y hasta á la pública moralidad. Todos pues cabemos en un mismo palenque, y todos unidos podremos hacer mucho por el esplendor del Arte y en contra de los avaros especuladores sin instruccion y sin conciencia, que comercian desatentadamente con la Imprenta cual si se tratase, ya lo hemos dicho y repetido, de cualquier otra ruin bagatela. Por lo tanto, saludamos y volvemos á saludar á *La Tipografía*, y no nos encelan sus triunfos, ni disgustarnos jamas podrá que tenga tantos y tan numerosos prosélitos cual necesita para indemnizarse algun dia de los cuantiosos dispendios que hace sin duda por ornamentar sus páginas de un modo tal y tan vistoso, que sólo apreciar sabrá quien conozca la dificultad de dar venturosa cima á esa clase de trabajos, que por otro lado, y perdonenos la franqueza el colega, son inútiles, de todo punto inútiles, absolutamente inútiles. Y ¿habrá quien dude de nuestras palabras conociéndonos, cuando llevamos la indiferencia por el interes hasta un extremo que nuestros amigos califican de falta grave? ¿Cuando, por dejar el campo libre á *La Tipografía*, aún no hemos gestionado cerca de las clases de la Imprenta en demanda de suscripciones, segun es público y notorio, esperando, como esperábamos, á la terminacion de trimestre para dar nuevo giro al periódico y circularlo y llevarlo adonde hasta ahora no ha llegado? Por otra parte, tenemos la opinion de que el lector debe buscar el libro, no el libro al lector.

Hechas estas salvedades, digamos á *La Correspondencia*, no para que nos conteste, sino para que el público lo sepa, que si, al ocuparse de *La Imprenta* por vez primera, aunque sin nombrarnos, ha querido zaherirnos convirtiéndose en juez para condenar nuestro Semanario y hacerlo pasar bajo las horcas caudinas de otro periódico tipográfico, ha extralimitado sus derechos: no es juez competente *La Correspondencia* en tales litigios: debe inhibirse voluntariamente, so pena de que se le recuse por inepto, por imperito, por poca autoridad en la materia, por su flojedad reconocida en lides tipográficas. ¡Sería gracioso que *La Correspondencia*, el periódico más descabellado de toda España, cuando, escuchando la voz del patriotismo y del agradecimiento, debiera ser nuestro egregio monumento periodístico, pues todo esto puede serlo con los millones de ingresos que por todos conceptos anualmente tiene; sería gracioso, decimos, que los hombres de *La Correspondencia*, que de todo pueden entender menos de Imprenta, se arrogasen el arbitrario derecho de enmendar la plana á los que hemos nacido dentro de la Imprenta, á los que hemos trabajado constantemente en la Imprenta, á los que profesamos culto y tenemos entusiasmo cada vez más creciente por la Imprenta, al punto de sacrificarlo todo, con especialidad los ruines intereses, por no prostituirla, por no envilecerla con nuestras propias manos! ¡Sería gracioso que *La Correspondencia*, cual el zapatero que ponía faltas á los inimitables lienzos de Apeles, se diese ahora á aquilatar el valor artístico de los trabajos tipográficos que vayan saliendo á luz, y que de algun impresor de más merecimientos que los nuestros sufriese

duro reproche en esta parodiada frase del grande artista griego: ¡Correspondencia, á tus erratas! ¿Quién es *La Correspondencia* para dirimir por sí y ante sí lo que no entiende, lo que no puede entender, como de ello tiene dada excelente idea al anunciar en sus columnas que admite muchachos para enseñarles tres oficios en su Establecimiento, uno de los cuales es el de impresor? ¿Qué impresores podrán ser los que *La Correspondencia* enseña? ¿Qué milagros harán, fuera de la prosaica tarea de sus incomprensibles lucubraciones, cuando el colega les habilite como tales impresores vivos y efectivos? Bien encajaria aquí un chiste conocido, que omitimos por lo cáustico, no por lo inconveniente.

Rechazamos pues con la mayor indignacion esa ofensa que el periódico-buzon nos dirige, sin razon, sin derecho, y saltando por todas las conveniencias públicas y privadas. Si es un desahogo del periódico castigado en nuestras columnas por su proverbial, casi espantoso *sans façon* en el ejercicio de sus tareas tipográficas, no es el desahogo de los espíritus rectos que agradecen la crítica cuando su tendencia no es ni puede ser otra que la de procurar la mejoría del objeto censurado. ¿Cree *La Correspondencia* que no podemos hacer más que criticar sus dislates como lo hemos hecho, que no podemos penetrar en otro terreno más candente, que no la podemos acusar de plano por sus repetidas é injustificadas faltas? No lo hemos hecho, sin embargo; no hemos querido herir las intenciones; sólo sí condenar la forma en que las vemos representadas.

Pues veamos ahora si el periódico callejero, el periódico que se vende á grito herido por dos cuartos; que con su doctrina perturba muchas veces (sin quererlo, le hacemos esta justicia) los más caros afectos; que con su tinta tantos ingresos da á los Clement, y con su problemática estampacion tantas ocasiones de lucir su ciencia á los oculistas Raphael y Fischer, tiene ni autoridad ni derecho para contestar con el *desden* á *La Imprenta*: á *La Imprenta*, protegida y amparada por la aristocracia de nuestra literatura y por todas las personas amantes de la tipografia, y por los más distinguidos impresores y operarios de este noble arte: *La Imprenta*, que en diez números lleva puesta tres veces la firma del por siempre ilustre, querido y venerado universalmente Don Juan Eugenio Hartzenbusch, á quien no se pueden dar otros títulos, porque nunca corresponderian, por elevados que fuesen, á su grandeza personal: *La Imprenta*, que lleva firmas de Godoy Alcántara, de Campoamor, de Henales, de Gonzalez de Tejada, de Serrano Alcázar, de P. de Guzman, de Miguel Agustin Príncipe, cuyos autógrafos póstumos hemos tenido la honra de que nos sean facilitados por su señor hijo Don Julian Alfredo, nuestro colaborador tambien: *La Imprenta*, á quien un literato de los más insignes ha escrito un Prospecto para su segundo trimestre, esto es, para la nueva faz en que próximamente se ha de manifestar, y en el cual no sólo constan los nombres de sus futuros colaboradores, sino tambien las materias interesantísimas de que se proponen tratar para sublimar y enaltecer sus columnas: *La Imprenta*, que no llega á casa particular, Corporacion ni Academia en que no sea recibida con aplauso, hasta el punto de avergonzarse el que esto escribe de ser su director, como se avergonzó y dió corte á sus artículos sobre la *Imprenta en España* (para continuarlos ahora), por no firmar en puesto preferente donde tantas firmas ilustres acusaban su triste ineptitud, y que, de no reconocida á tiempo, pasado hubiera por osadía imperdonable.

Ésta es pues *La Imprenta*, éste es el periódico que

merece *desden* á *La Correspondencia de España*. Veamos ahora si en alguna parte, si en alguna seccion del periódico nos hemos hecho dignos personalmente de ese injustificado *desden*. En nuestros artículos sobre el estado de la Imprenta no puede ser, porque allí hemos expuesto hechos, hemos aducido argumentos irrefutables, y la luz de la verdad no puede eclipsarse haciendo oídos de mercader, como la luz del sol no se oscurece por cerrar las ventanas de un aposento. Para decir la verdad no se necesita elocuencia; sobra con las pruebas: para sostener el error, la elocuencia es pesada carga. Tal ha sido nuestra conducta, que hora es digamos ha merecido más aplauso del que jamas pudimos esperar. Pues bien: probemos ahora que no hay tal *desden*, que lo que hay es impotencia por parte de *La Correspondencia* para repeler nuestros ataques.

Manifestamos en festivo estilo (único que convenir puede á ese cajon de antagónicas quisicosas) la pésima redaccion y la pésima adopcion de tipos de un colosal renglon que así decia: *Diario DE MADRID de avisos y noticias LOCALES*. Conociendo nuestra razon, y no atreviéndose á desafiar la corriente de la crítica, dando al mismo tiempo evidente muestra de sensatez y de humildad, suprimió el renglon nuestro colega. Detengámonos un momento en este episodio. El periódico habia sufrido una completa modificacion. Se habia alterado el orden de ajuste, se habia combinado de distinto modo el método de materias, y parecia que aquel renglon, escogido con todo despacio é impreso por muchos dias, era el instrumento predilecto de la nueva forma, el vástago favorito del novísimo engendro. ¡Cuánta no sería nuestra razon, cuán justa y desapasionada la crítica, cuando el amable colega lo suprimió de golpe y porrazo, cortando el nudo, ya que no podia desatarlo, alterando nuevamente la forma de su ajuste, y dando al público una advertencia de cincuenta líneas para decirle *logográficamente* las causas que le movian á la nueva trasformacion; pero involucrándose de tal modo al hacerlo en el terreno tipográfico como si hablase para los habitantes de la Luna, cuando en realidad hablaba con nosotros para decirnos: «Conozco mi error: acepto el consejo y lo practico!»

Todavía hay otro caso para probar que *La Correspondencia* no nos desdeña, que no puede desdeñarnos. Citámosle uno de sus folios, redactado asimismo con ese proverbial desenfado literario que la caracteriza. Decia el renglon: *La Correspondencia admite anuncios á dos reales linea, y comunicados desde cuatro á treinta reales linea EN ADELANTE*. Como es consiguiente, sobra uno de los dos subrayados, y así se lo hicimos ver al colega. ¿Qué ha hecho *La Correspondencia*? Suprimir el primer subrayado, que es lo que procedia; subrayado de tanta fecha en sus columnas, que al contrario del primero, que murió en la infancia, aquél ha visto, como dicen los orientales, muchos soles y muchas lunas. Véanse sus folios desde el día 9 del actual. Si á esto se añade que el colega suele copiar los sueltitos que le agradan de nuestro periódico, en lo cual nos hubiera honrado por completo citando, como es de ley, su procedencia, se comprenderá la sinrazon de su capcioso ataque, y el derecho que nos asiste para repelerlo enérgicamente.

Termina *La Correspondencia* los elogios de *La Tipografia* diciendo que, la larga lista de colaboradores con que encabeza sus números, es una garantía del mejor acierto y éxito completo. Así tambien lo creemos; y esperamos que los nombres se traduzcan en escritos; que la idea se convierta en hecho, que lo nominal llegue á ser efectivo; lo que sin duda ha de realizarse muy cum-



plidamente contando tantos y tan excelentes colaboradores (no ménos de 92), entre ellos muchos de nuestros primeros literatos, como *La Correspondencia* dice con razon, y en cuyo número figura dignamente su mismo propietario el Sr. Don Manuel Santana.

Nosotros, más humildes, no contamos más que con los que hasta hoy nos han favorecido con sus firmas, y con los que en lo sucesivo tengan á bien dispensarnos el mismo honor; ya que de nuestras fuerzas, por miserias y flacas, no debamos permitirnos hacer mencion si quiera.

Algo tenemos aún que decir en otro terreno, en el de las consideraciones generales á que se presta la importancia, la significacion genuina, verdadera, legítima de *La Correspondencia* como el primero de nuestros periódicos en tirada de ejemplares, y por consecuencia sobre el influjo mayor ó menor, directo ó indirecto que ejercer pueda sobre la opinion pública. Pero siendo tan formidables las dimensiones de este artículo, cortarémolo aquí para atenuarlas en algun tanto, y en el número próximo

(Se continuará.)

TOMAS REY.

Con mucho gusto complaceremos al *cajista* que con este pseudónimo nos ha remitido una atenta carta y un razonado articulito sobre la economía de la Imprenta, siempre que tenga á bien personarse en esta Redaccion; pues no procederemos á estampar nunca nada sin constarnos su legítima é indubitable procedencia.

Sr. Director de LA IMPRENTA:

Muy señor mio y estimado amigo: He leído en el número 9 de su apreciable periódico un artículo en que se hace cargo del publicado por *Las Novedades* con el objeto de evidenciar los errores que aparecen en la *Farmacopea española*, dada á luz recientemente en la Imprenta Nacional, en virtud de los cuales pide «que el Sr. Ministro de la Gobernacion mande que se publique una fe de erratas y se agregue á todos los ejemplares, ó que se rehaga la edicion.»

Y como posteriormente el mismo diario, en su número 5.314, despues de trascribir un comunicado dirigido al *Pabellon Médico* por un individuo de la Comision de Farmacopea, haya dicho «que la Imprenta Nacional se habia negado á publicar la fe de erratas,» si bien este aserto no tenga más fundamento que una carta sin firma, creo conveniente manifestar:

1.º Que el número de errores que contiene el libro en cuestion, ni es tan considerable ni tiene tal importancia «que pueda afectar á la salud pública y al efecto de los medicamentos que se administren al enfermo;» y la razon es obvia: precediendo como precede á los números la equivalencia en pesas médicas, que es la de uso general, exactamente expresada con todas sus letras, no es de temer equivocacion alguna, mucho ménos cuando en las mismas páginas donde se hallan los errores se tienen á la vista casos idénticos con las reducciones bien expresadas.

2.º Que, de las once erratas que manifiesta *Las Novedades*, las tres correspondientes á las páginas 409, 410 y 505 no han salido en todos los ejemplares, pues consisten en guarismos que se han roto durante la tirada, percance muy frecuente en moldes quebrados y que no siempre suele notarse.

3.º Que no debe sorprender á *Las Novedades* que en un libro de más de 600 páginas aparezcan algunas erratas, cuando en el artículo que consagra á censurarle nos remite á la página 490 en busca de la errata que contiene la fórmula del *polvo teriacal*, y á no apelar al orden alfabético no hay temor de encontrarla, hallándose, como se halla dicha fórmula, en la 409. Vea pues *Las Novedades* cuán fácil es incurrir en errores á pesar del más exquisito cuidado por evitarlos.

4.º Por último, el autor de la carta sin firma ha abusado de la buena fe de *Las Novedades* al comunicarle que la Imprenta Nacional se ha negado á publicar la fe de erratas. La Imprenta Nacional no ha recibido orden de publicar rectificacion alguna; y así como no ha puesto dificultad de ningun género para reimprimir un considerable número de páginas de la *Farmacopea*, que exigian correccion, tampoco se habria opuesto á dar á luz la fe de erratas si le hubiera sido remitida.

Ruego á usted, Sr. Director, se sirva dar cabida en las columnas de su apreciable periódico á las precedentes líneas, quedándole reconocido su siempre afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO BOLLO.

Nada más tenemos que decir que nuestro buen amigo el Sr. Bollo, ilustrado cajista de la Imprenta Nacional y muy digno colaborador facultativo de este Semanario, ha considerado prudente ahorrar á los correctores de ese Establecimiento—á quienes importaba más que á nadie dejar bien puesto el pabellon, dado que los jefes necesitan autorizacion para contestar, y no han de ocuparse siempre en tales fruslerías cuando pueden ser ampliamente dilucidadas por individuos que tan distinguido puesto ocupan en el primer Establecimiento tipográfico de España, y cuya ilustracion y celo, por consiguiente, deben correr parejas con la misma importancia de su empleo—el trabajo de una réplica que tanta autoridad tiene en sus labios, por ser justamente quien ha hecho la obra en cuestion y hallarse bien enterado de sus más nimias incidencias. Mucho nos holgamos de que la Imprenta Nacional pueda vindicarse de una falta que seria grave de haber salido cierto el dicho de un *anónimo* respecto á haberse negado á insertar la fe de erratas, lo cual no creimos desde luego conociendo, como conocemos, el carácter de sus regentes, que por cortesía, cuando no por obligacion, jamas se niegan á cuanto de ellos se exige en el terreno de la conveniencia. Sentimos mucho, con el Sr. Bollo, que la buena fe, y la proverbial circunspeccion y cautela del periódico *Las Novedades*, hayan sido sorprendidas por un *anónimo* que ha dicho en todo y por todo, como decia un insigne orador parlamentario que los ingleses dicen, *el revés de la verdad*.

Pero es achaque tan crónico hablar todo el mundo de la Imprenta Nacional sin datos, sin poner el dedo en la llaga, sin atinar con el *quid*, que no es extraño veamos diariamente ocuparse á los periódicos en ese Establecimiento con visible intencion de vulnerarle, sin que por esto consigan más que lo que un cazador que disparase con la carabina de Ambrosio. Probablemente haremos nosotros mejor puntería con una Minié que nos han facilitado, por un lado el reciente dictámen sobre la economía de esa Casa de la Comision de Presupuestos, y por otro la suspension casi total de trabajos, acordada últimamente por su Administracion; con cuya medida, no sólo han quedado sin empleo numerosos operarios, representantes de otras tantas familias que sufrirán de rechazo los efectos de un golpe que no llamaremos *ab irato* hasta estar mejor informados de sus causas ocasionales, sino que deja de servirse al Estado no imprimiéndose los documentos de sus Oficinas centrales, al mismo tiempo que viene á corroborarse lo que ya hemos dicho respecto á la existencia anómala de tantos empleados en una Imprenta sin trabajo.

MADRID 1866.

IMPRENTA DE TOMÁS REY, Director-Editor.
Calle del Limon, núm. 1.